

UNA SOCIEDAD DE GRATUIDAD*

Cardenal Godfried Danneels
Arzobispo de Malinas-Bruselas

Queridos amigos, nuestra sociedad está casi sin aliento: no es preciso pintar un cuadro demasiado negro, pero evidentemente no es luminoso. En el paisaje que tenemos enfrente, muchas cosas son bastante negras. Les invito pues, en un primer momento, dar una mirada a este paisaje.

Nuestra sociedad está desalentada porque le falta gratuidad. Centrada en lo útil, lo económico, lo técnico y lo científico, en la comunicación formal y ávida. Carece particularmente de gratuidad y de generosidad. No es que seamos malos pero tal vez ¡perdimos el tren! Es una sociedad que carece de esperanza. Hace algunos años se decía: "Ahora entramos a la sociedad industrial", después nos dijeron, y era cierto: "Entramos en la sociedad del tiempo libre", y ahora oímos: "Entramos en una sociedad depresiva". No es sólo la sociedad económica la que está en crisis, lo que está ciertamente, pero se trata más bien de una verdadera crisis del hombre, un terror al presente, una pérdida casi completa de la memoria, un bloqueo hacia el futuro. Carecemos terriblemente de esperanzas escatológicas y nos hace mucha falta.

Carecemos también de interioridad. Cuando decimos que somos muy interiores significa que estamos replegados sobre nosotros mismos, viviendo un poco al día, en un vacío. Nuestra psicología sólo registra la temperatura exterior, como un termómetro, sin ser nunca un termostato. Registramos, aguantamos y sobre todo, vivimos según el termómetro fantasioso de la opinión pública y de los medios de comunicación. ¡Pobre hombre, que perdió la apuesta de la interioridad!

También nos falta memoria, acabo de decirlo, como si el mundo hubiera empezado anoche o esta mañana. Nos falta imaginación, no tenemos proyectos. La vida en sociedad es como un pan sin levadura o un queso sin agujeros, si me permiten la comparación. Estamos tan solos y aislados en nuestro mundo, encerrados en nuestra psicología como en una jaula que nos convertimos en hiperresponsables de todo. Como hemos cortado los vínculos con lo trascendente, con los otros, con la naturaleza, con el mundo, con el medio ambiente, puesto que sin saberlo, nos hemos declarado dioses, en una soledad divina, heredamos también de las misiones divinas y nosotros mismos debemos hacer todo, arreglar todo, lograr que todo se haga. Esta hiperresponsabilidad induce en nosotros una especie de fiebre prometeica: queremos resolver todo con nuestra

* Conferencia pronunciada en el marco del Congreso "¿Podría la Belleza salvar al mundo?", Lovaina 1, 2, 3 de mayo 1998. El autor es Presidente de la Conferencia Episcopal Belga.

propia fuerza. Nos hemos hecho grandes, adultos. El niño muere en nuestro corazón. Por un lado, es excitante y, por el otro, muy deprimente. Cuando se pierde al niño en el corazón, uno se pierde a sí mismo. Esta hiperresponsabilidad que no podemos satisfacer genera una agresividad contra nosotros mismos y contra los demás: alguien aislado es como un gato enjaulado; no puede salir, pelea, y si no puede pelear con otros, lo hace consigo mismo. De ahí proviene este frenesí de la sexualidad liberada que se vuelca sobre sí misma, porque si la sexualidad es sobre todo atención al otro, cuando se pervierte, se convierte cierta y simplemente en una lucha contra un espejo, aun cuando vaya dirigida a otro.

En nuestra sociedad carecemos también de universalidad. ¡No es que no seamos poderosos en comunicación o, en todo caso, en información! Sabemos casi todo e inmediatamente. Sin embargo, no somos universales porque estamos convencidos que: "Mi verdad es la verdad". Y como somos miles de millones, hay entonces miles de millones de verdades, lo que anula totalmente la noción de lo verdadero. Estamos en el reinado y en el triunfo del subjetivismo. Si mi verdad es la verdad y si me atribuyo los privilegios de lo verdadero, o sea el deber de imponerme, esto degenera en una sociedad violenta, violenta contra mí mismo, contra los demás, contra todo.

En fin, para terminar el cuadro, no hay que alargarlo demasiado, está la inflación de la palabra en detrimento del símbolo de la belleza, de la imagen-símbolo. Estamos en un período donde todo está dicho y tan pocas cosas se muestran, donde se explica todo pero no se muestra nada. Esto genera evidentemente un aburrimiento mortal.

He aquí un cuadro oscuro pero corto. Por una suerte de reacción endémica, esta sociedad crea terapias de sí misma, terapias a corto plazo que enumero sin detenerme, porque no tiene importancia. Una de estas terapias que la sociedad genera endémicamente es la automedicación, la absorción obsesiva de remedios, de calmantes en la noche y de excitantes en la mañana. Secreta sus propios anticuerpos que son, creo, malos anticuerpos. No se puede sanar una enfermedad del ser por una abundancia del tener. No se puede sanar una patología del sentido por un medio técnico, sea médico y terapéutico. No se puede sanar los males de lo cualitativo aumentando lo cuantitativo. Es lo primero que se piensa, pero la receta es mala.

Existen también, en nuestra sociedad, como autoterapia, el alcohol y las drogas. El tratamiento de nuestras enfermedades, de las enfermedades de nuestra sociedad, porque son enfermedades del sujeto, debe ser tratamiento del sujeto y no, en la periferia, tratamiento del cuerpo y de los tejidos. El alcohol y las drogas no sanan en lo absoluto al sujeto, sólo tocan sus tejidos.

Otra autoterapia son los sueños. Espero aún más visiones de aquí al año 2000, pero ya abundan. Mi correspondencia cotidiana me informa de apariciones aquí y allá y digo, como uno de mis predecesores: "En mi diócesis, la Virgen no aparece".

Hay también nuevas sabidurías, está el oriente y el sueño de una religión universal que es una religión terapéutica. Su característica es que no requiere de esfuerzos ni conversión. Se entra en esta religión como en un sanatorio donde hay que dejarse llevar. Evidentemente, es lo contrario de toda religión, sobre

todo del cristianismo cuyo inicio es la conversión. ¡la religión no es una talasoterapia!

Finalmente, otra automedicación que genera nuestra sociedad es la calidez de las sectas y de los grupos pequeños cuyo secreto es el siguiente: en este mundo tan grande, tan difícil de abrazar, de dominar, la solución es miniaturizar. Las sectas son una miniaturización a escala reducida: pocos dogmas, dos o tres, nunca un gran catecismo como el de la Iglesia romana, pero tres páginas, cuatro reglas de vida y ¡nada más! En ningún caso doce artículos de fe y toda una Biblia de setenta y dos libros, sino diez textos. Poco diálogo pero un liderazgo firme y claro y un anonimato exorcizado. Las sectas son en el formato mini.

He aquí autoterapias que no tienen, así lo creo, ningún porvenir. Pero están y no hay que despreciarlas, porque cuando alguien está enfermo se intenta todo. Seré el último en tirar la piedra a quienes lo hacen. No hay que condenarlos sino más bien condolerse.

Entonces, ¿existe una verdadera terapia? Lo creo y la resumo en una sola palabra. La verdadera terapia para nuestra época, para sanar los males de este paisaje que acabamos de esbozar, es la esperanza. Lo que falta cruelmente a nuestra sociedad es la esperanza. Muchas otras cosas son necesarias: la fe, la caridad, la generosidad, la solidaridad... pero cuando falta la esperanza en una sociedad, ella no sufre sólo de un ataque al corazón sino que es víctima de un paro cardíaco, es decir muerte inmediata. Si faltan las otras se puede tener un ataque cardíaco; hay remedios y si hay un hospital cerca, no es mortal. La esperanza no está por ahí a orillas de la civilización, es su músculo cardíaco, el miocardio; si él se detiene, se detiene la vida. Tendremos entonces gran necesidad de una inyección de esperanza.

La esperanza es lo mismo que la gratuidad, pero no que la utopía. ¿Cuál es la diferencia? Una utopía es una esperanza fundada sobre mis propios esfuerzos y mis propias capacidades; el utópico espera algo totalmente nuevo y está convencido que él la va a realizar. En cambio, quien vive la esperanza, espera algo totalmente nuevo, pero que viene de otro lugar, que él no puede ni debe realizar por sus propias fuerzas o su propia iniciativa. La utopía es un esfuerzo y una tensión cuyo ejemplo más reciente y tal vez más conocido de toda la historia humana es el marxismo: vamos a cambiar la sociedad, fundar la sociedad perfecta por nuestros medios y, si fuera necesario, por la fuerza y la violencia. El que espera no es que no haga nada, sabe que la energía fundamental es el milagro de lo nuevo y que la sociedad por venir no vendrá de él mismo sino que de otra parte. En otros términos, en la esperanza está siempre la afirmación de un trascendente. ¡Imposible esperar sin lo trascendente! Y, para nosotros, ¡imposible esperar sin Dios! La esperanza viene de otro sitio. No viene de mi inteligencia, ni de mi habilidad técnica, tampoco de mis méritos, viene de otra parte. Es una energía que surge en la vida y en la sociedad como brota un manantial. Todos los manantiales son sorprendentes, nunca se sabe de dónde vienen pero de repente, aparecen. Un manantial es imprevisible. Es muy distinto de una llave de agua: no se abre un manantial, se encuentra. Y si me permiten la comparación, creo que la utopía es una llave, y la esperanza un manantial. Implica de alguna manera la existencia de un trascendente.

Lo esencial que quisiera decir esta noche: lo bello no es sólo una forma de esperanza sino la metamorfosis de la esperanza. Lo bello es prácticamente sinónimo de la esperanza, de la gratitud y estoy íntimamente convencido que lo bello es terapéutico, es la terapia de nuestro tiempo. Esto no me vino porque sea el tema de vuestro congreso; lo sabía de antes. Dostoievski escribió: "La belleza salvará al mundo", ¿no es así? Estoy convencido que tiene razón. Pero entendámonos bien: lo bello no es únicamente lo estéticamente bello, lo cual es una de sus formas. Lo bello es mucho más grande, más envolvente, más trascendente que lo estéticamente bello. Lo bello es tal como lo definieron los griegos cuando decían: *kalos agathos*. *Kalos* significa bello y *agathos* bueno; *kalos agathos* es una mezcla de los dos. El término que mejor corresponde en nuestro idioma es noble.

La nobleza humana, ella es la belleza. ¡No nos equivoquemos! Cuando Dostoievski dice: "La belleza salvará al mundo", no es únicamente: "El arte salvará al mundo", es: "La nobleza humana salvará al mundo", nobleza cuyo resplandor es lo bello, si así puede decirse.

¿Por qué lo bello es tan terapéutico para nuestra época? Ahora vamos a reencontrar los puntos negros de nuestro paisaje del inicio, puesto que es su antídoto. En primer lugar, toda belleza implica la fe. La fe, es la memoria, es arraigarse en algo que nos precedió. El que asienta en lo bello entra necesariamente en una tradición, en lo bello que otros ya realizaron. No hay belleza sin memoria, sin vínculo con el pasado. No hay amnesia en lo bello. Siempre hay memoria. Lo bello no empezó anoche. No hay nada bello en el sentido fuerte de la palabra que no considere el pasado y no esté vinculado con él. Justamente, nuestra época sufre por este corte con lo que nos ha precedido, no solamente en la historia del arte sino con lo bello que los hombres ya hicieron. Lo bello es una sanación y una terapia para este aislamiento del hombre moderno que ha olvidado, como alguien que despierta del coma y no sabe qué le pasó. Lo bello me relaciona con mi pasado, con el pasado de la humanidad y da al hombre y a la sociedad sólidos cimientos. Es el único medio para lograr cierta paz, cierta serenidad; si no tengo un respaldo y nada donde sentarme, floto. El hombre moderno que olvidó su pasado es como un astronauta en su cápsula: flota, no ligado a nada y en cada momento, tiene que sujetarse a tal o cual cosa para asentarse. Lo bello nos ancla en la larga historia de los que nos precedieron; no hay ningún arte verdadero que no lleve en sus genes, en su ADN, algo del pasado. Aunque dé la impresión de ser totalmente nuevo, ya había sido inventado. Por esto, hasta en el arte moderno se encuentran huellas muy nítidas de arte primitivo y esto explica posiblemente nuestra inclinación por el arte primitivo: él es nuestro abuelo, incluso nuestro padre. Lo bello es fundamentalmente terapéutico porque implica una cierta memoria del pasado, una fe, y la fe es la memoria.

Lo bello implica también el estar vinculado con un porvenir. Es una cultura del porvenir y una visión sobre el futuro. Hay dos grandes tentaciones realmente deprimentes: por una parte, la ausencia de imaginación, la obsesión por el pasado, la falta de renovación, una suerte de clasicismo de mala ley y por otra parte, una confianza temeraria en la novedad. Lo bello crea el equilibrio: prepara el porvenir, lo introduce, lo anuncia, lo anticipa, porque no es temera-

rio ni falto de imaginación y siempre al acecho de lo que está por venir. Lo bello está pues profundamente penetrado por la esperanza.

Tercera terapia para nuestra época, así como para todas las épocas: lo bello tiene la fuerza que desencadena la acción, la energía. Lo bello pone en movimiento porque es simbólico. Toda belleza es simbólica y todo símbolo es como una palanca capaz de moverme. No recuerdo quien dijo: "¡Denme un símbolo y cambiaré al mundo!". Es cierto que se puede cambiar al mundo con un símbolo. El símbolo, por su polivalencia, por hundir sus raíces en las imágenes arquetípicas y en esta arqueología de nuestras conciencias de seres humanos, emana energía. La antigua definición de lo bello, en la teología y en la filosofía escolástica, es que procede de lo verdadero. Lo bello es el resplandor alrededor del sol, allí donde el sol es más caliente y más luminoso. Cuando toman lo verdadero, el resplandor que lo rodea, allí donde lo verdadero es lo más verdadero, eso se llama lo bello, es el resplandor de lo verdadero.

Lo bello es precisamente la fuerza inherente a lo verdadero que me pone en movimiento. Me quemo los ojos cuando miro alrededor del sol, de allí irradiaba su energía más fuerte y no de su centro. Lo bello tiene entonces una fuerza inmensa de movilización, es el preludio de la caridad. Dar y mostrar algo bello a la gente le incapacita para hacer el mal y mucho más para no hacer el bien. Nada pone mejor en movimiento que entregar algo bello.

Si me han seguido hasta aquí, habrán notado que lo bello es, por así decirlo, la síntesis de la fe, de la esperanza y de la caridad. Me vincula con el pasado por la fe, anticipa el porvenir por la esperanza y, al mismo tiempo, es la caridad, me hace actuar ahora. Es pues profundamente terapéutico. Una cura de esperanza, de fe y de caridad o de verdadero, de bueno y de bello, es profundamente terapéutica para el hombre. Lo bello sana todas nuestras heridas. Sana en primer lugar del terror a lo útil, del terror a lo económico puro, a lo técnico puro, al cálculo puro. No existe, y no hablo sólo de medicina sino para la humanidad entera, nada más terapéutico que mostrar algo bello. Por eso es imprescindible tener en nuestras ciudades, lugares técnicos, centrales eléctricas, telefónicas u otras, pero también un lugar para algo bello. ¡Todavía no he visto que un domingo en la tarde o en verano, vayamos a sentarnos juntos cerca de una central eléctrica! Vamos a la plaza, donde hay una estatua, algo bello, una escultura.

Lo bello es terapéutico porque desencadena en la sociedad y en el hombre una dimensión de contemplación. Una cultura sin belleza es una cultura que carece totalmente de contemplación y de interioridad. Lo bello pertenece al orden del ver, no al orden de la manipulación. Lo bello está hecho para que vayamos alrededor suyo, no para tocarlo. Lo bello se destruye cuando se toca. Es como esas miniaturas de la Edad Media, esos libros con hojas de oro: si se pone un dedo encima, el brillo del oro desaparece y la hoja cae. Lo bello es contemplativo, es del orden del ojo no del de la mano. El ojo es el órgano más cercano al objeto que ve y, al mismo tiempo, el más respetuoso. Todos los que presentes están en mi retina pero no toco a nadie. No pueden estar más cerca de mí que en mi ojo y, sin embargo, no les toco. Una cultura sin belleza es una cultura sin contemplación, una cultura cerrada. La belleza no sirve sino para

que vayamos a su alrededor (*contemplare*: ir alrededor). Un arte totalmente opuesto, por ejemplo, es el arte soviético: nadie se detiene porque no es nada contemplativo, quiere excitar pero nunca ha puesto a alguien en movimiento, no hay contemplación en este arte, no es sino la ilustración de una idea o de una voluntad. Creo que es un antiarte.

Lo bello evoca también una cultura universal: rompe el aislamiento. Es sobre todo un lenguaje que todo el mundo entiende, más allá de los idiomas y de los signos. Es comprendido en todo lugar del mundo. Incluso, si no comprenden nada de una obra de teatro, pueden conmoverse profundamente. Vayan a Epidauro en Grecia y vean *Antígona* de Sófocles: no entenderán casi nada y, sin embargo, lo comprenderán todo. Es un caso extremo; se usa una lengua extranjera pero la manera de hablar y gritar de Edipo o Antígona, la manera de gritar y cantar del coro de los ancianos lo dicen todo. El drama de Edipo que se saca los ojos porque fue víctima de una suerte de fatalidad al casarse con su madre y matar a su padre sin saberlo, todo el mundo lo comprende y se compadece. Esto es más válido aún para las formas de arte donde el lenguaje no tiene un gran papel: la pintura, la escultura, la música.

Lo bello crea una cultura de lo universal. Rompe la soledad del hombre, su encierro. Abre puertas y ventanas. Es incompatible con la violencia, apacigua, serena, me hace coincidir conmigo mismo. Lo bello consiste en la armonía y la reconciliación de los contrarios. En lo bello, la paradoja es posible, la contradicción de los opuestos que se excluyen se reduce a una paradoja aceptable. Por eso, Dios es sumamente bello: tal como lo conocemos, el Dios de los cristianos es infinitamente elevado y majestuoso, e infinitamente cercano; la distancia y la cercanía casi son incompatibles. Su trascendencia y su inmanencia se resumen y sintetizan en un solo ser, lo que le hace extremadamente bello, tiene un misterio.

Lo bello es profundamente terapéutico también porque crea el vínculo entre yo, los otros, el mundo, la historia, la naturaleza, el cosmos... Lo bello me atrae, recrea lazos, me vincula, es profundamente religioso.

En fin, lo bello es la palabra cumplida y acabada. Tiene la polivalencia del símbolo que sintetiza aspectos contrarios, que es interpretable en varios sentidos, que dice en una sola miles de cosas para las cuales se necesitaría todo un diccionario. Si les pido explicarme qué es una escalera de caracol, necesitarían diez líneas, en el diccionario hay cinco. Hay una manera más simple de decir todo lo que hay que decir: reemplazar todo el texto por un signo o un símbolo. Por ejemplo, entren al mar y al mismo tiempo, se sentirán atraídos y tendrán miedo. En la Biblia, el mar o el agua se usa como símbolo de vida o de muerte a la vez. Se celebra el bautismo con agua, porque es el nacimiento de una vida nueva y la muerte a otra vida. El símbolo es polivalente, sintético y no analítico. Lo bello da a entender algo de una vez, con una mirada.

Resumo lo dicho: lo bello terapéutico implica la memoria, el pasado, una fe; implica el porvenir, una esperanza; me hace actuar, moverme, es fuente de caridad incoactiva. Es profundamente terapéutico porque sana las heridas de lo económico, de lo utilitario. Sana las heridas de la manipulación dándonos la contemplación, las heridas del aislamiento haciéndonos universales. Es comprensible en todo lugar, llega a todos. Es incompatible con la violencia y la fiebre, descansa y apacigua. Es creador de vínculos, relaciona, da puntos de refe-

rencia y, sobre todo, sobrepasa la mera palabra porque sintetiza en la paradoja los distintos significados polivalentes. Simplifica, haciendo simple lo complicado. Lo bello lo hace todo. Es el nombre más hermoso que se puede dar a Dios.

Me pregunto si lo bello no es el camino por excelencia para encontrarse con Dios. Dios es evidentemente verdadero, es bueno y es bello. Para nuestros contemporáneos, a veces, la puerta de la verdad se abre difícilmente porque tienen un sentido innato del escepticismo en cuanto a lo verdadero. ¿Qué es la verdad? Todos somos unos pequeños Pilato cuando nos lo preguntamos. La verdad no parece interesarnos en primer lugar, es inaccesible o, cuando uno la encuentra, le acusan de pretencioso y arrogante; se teme a lo verdadero. A pesar de que Dios es verdadero, no creo que sea el camino más fácil para que nuestros contemporáneos lleguen donde Dios. Creo que lo verdadero nos interesa demasiado poco. La pregunta de lo verdadero es una pregunta enorme, decisiva para la humanidad y su desarrollo.

Entrar donde Dios por la puerta de lo bueno o del bien también es difícil: si Dios es bueno, es demasiado bueno para mí. No soy capaz de hacer exactamente el bien: la ética es una puerta difícil para acceder a Dios en nuestros días; estamos demasiado convencidos por experiencia y un poco también por miedo, que somos incapaces de vivir éticamente, moralmente. Un Dios perfecto nos desanima y un Dios verdadero nos sobrepasa.

Pero si se entra en lo bello, caen todas las resistencias. Hagan la prueba con jóvenes y hablesles de Dios como fuente de lo verdadero y de la gran verdad: se produce un sopor generalizado. Hablesles de Dios como ejemplo de moralidad: se pondrán de mal humor. Pero muestren que Dios es bello en su Biblia, en su creación, en el hombre, en la pareja, en Jesús, en las obras de arte, en la historia del arte, en los íconos, en el arte del Renacimiento, en las pequeñas iglesias románicas y, si tienen más edad, en el barroco. Mi profesor decía que para entender el barroco hay que tener cuarenta años; cuando uno siente declinar sus fuerzas anhela ver algo que no declina. Mostrémosles lo bello en Dios diciendo que es la belleza misma. No digo que haya que convertirlos a todos, pero por lo menos no hay resistencia.

Hasta donde sé, sólo un teólogo en nuestro siglo intentó acercarse a Dios así, accediendo a Dios por lo bello: es Urs von Balthasar. Los otros se ubicaron en el orden de lo verdadero, de lo moral, de la bondad o del bien. Pero la verdadera teología es también una estética en el sentido pleno de la palabra. Es el título de las obras de Urs von Balthasar: *La estética teológica*. Repito que no se trata de estética en el sentido artístico del término, pero es sentir algo, conmoverse, palpar algo. No estoy abogando para que todos los teólogos dejen de lado los caminos de lo verdadero y del bien para ir a Dios, son demasiado importantes. Pero si se entregara a nuestros contemporáneos un acceso para abrirse paso hacia Dios por lo bello, creo que se haría una obra muy grande. En los cursos de teología, si bien es cierto que nos debe descuidar el sentido crítico y la búsqueda de lo verdadero, hay todavía poquísimos puentes entre teología y literatura, teología y arte o historia. ¿Cómo es posible que siendo Dios fuente de toda belleza, aparezca tan poco así en nuestra universidad? No me explico.

Terminaré con un ejemplo muy simple: cuando era profesor en el seminario debía dar cursos de teología sacramental, sobre penitencia, reconciliación,

confesión. Me preguntaba cómo hablar a estos jóvenes de la confesión, había resistencias. Entonces se me ocurrió, y todavía lo hago, leer con ellos grandes obras literarias sobre falta, culpabilidad, redención, expiación... para mostrarles que la confesión no era sólo lo que pasaba en el confesionario sino que era inmensa en la historia de la humanidad. No era sólo una suerte de pequeño tratado de teología católica sino que un problema con el que los griegos ya habían luchado durante siglos sin jamás hallar solución. La idea de falta, arrepentimiento, remordimiento, venganza, violencia, perdón, reconciliación, reparación, es tan fundamental en el corazón del hombre, tan cerca de su espina dorsal, de su armazón. Me decían los estudiantes: "Nunca lo habríamos imaginado". Algunos colegas me preguntaban por qué perdía tres meses con literatura. Respondía simplemente, como ese americano a quien preguntaban por qué iba a la luna "Porque está ahí". Yo contestaba: "Porque están aquí". Es lo que quería decirles esta noche sobre lo bello y la gratuidad. Les agradezco su atención.